

de dolores y de lágrimas que representaría ese interregno de Jesucristo! Y despues, cuando las naciones vecinas pasaran cabe nuestras ruinas, preguntándonos: ¿Qué es lo que habeis hecho de vuestro Dios? ¡Qué desesperacion la de este pueblo que jamás ha dejado en la estacada ni à un aliado, ni à un amigo, el tener que confesar en presencia del mundo escandalizado, que su primera traicion fué la apostasia de la cruz!

Para completar la fuerza de ese testimonio ficicio, volvamos al revés la hipótesis, é imagínemos que despues de un prolongado destierro, Jesucristo se halla dispuesto à repasar la frontera para vivir nuevamente entre nosotros. ¡Qué aglomeracion de gentes en los sitios por los cuales debiera pasar! ¡Qué alegres repiques de campanas en nuestras catedrales! ¡Qué solemne *Te Deum* entonado à los pies de los altares! ¡Qué hosanna de parte de las madres, de las vírgenes, de los sacerdotes y de los reyes! En verdad, los transportes de júbilo de un dia semejante no pueden concebirse: y si Jesucristo no impone à los que rechazan la prueba resultante de sus beneficios, la proveniente de las desgracias de su ausencia, es sin duda alguna porque la libertad moral del mundo, no resistiría un experimento de tanta trascendencia.

## CAPITULO V.

EFECTOS INDIVIDUALES RESERVADOS A LA  
VERDADERA RELIGION.

Despues de haber demostrado, directamente, la divinidad de Jesus, la hemos hecho resaltar de la accion divina que ejerce sobre las tres grandes instituciones que constituyen las bases fundamentales del órden universal: la propiedad, la familia y la sociedad. Suprimido Jesucristo, la propiedad resulta sin derecho inviolable, la familia sin vínculo indisoluble, la sociedad sin verdadera civilizacion, y el progreso mutilado y desprovisto de cuantas mejoras debe al Evangelio, reducido al quietismo ó inmovilidad de la barbarie pagana.

Si pasamos ahora de la sociedad al individuo, de los hombres al hombre tal cual lo ha formado la revelacion cristiana, ¿podremos descubrir en él efectos sobrenaturales, que nos pongan de manifiesto la realidad y el trabajo de una causa sobrenatural? Cierto que no existe religion que no exija sacrificios á sus adeptos, y que todo dogmatismo engendra la moralidad correspondiente; pero entre la moralidad producida por el cristianismo, y la que nace de las falsas religiones, ¿no existe por ventura la diferencia que media entre lo divino y lo que no lo es? Cierto que todos los cultos imponen á la humanidad ritos, oraciones, y en determinadas circunstancias hasta privaciones por demás dolorosas; mas, entre esas prácticas y las virtudes cristianas, ¿no existe siempre la distancia que separa al estoicismo más ó ménos supersticioso, de la santificacion verdaderamente sobrenatural?

Ménos que las falsas religiones, tiene derecho á negarlo la falsa filosofía, puesto que imposibilitada de establecer su moral sobre las creencias que rechaza, vése en la precision de fundarla en el amor natural del deber. Para resolver una dificultad ha creado dos, puesto que si es por demás difícil la determinacion del deber, no lo es ménos su práctica. Para conocerlo, es indis-

pensable la luz; para realizarlo, precisa la energía; de manera, que si existe en el cristianismo una virtud evidentemente divina, esta es la que eleva la voluntad humana hasta el heroismo de la santidad, ya que si por un lado ha reducido los límites de la conciencia, sugiriéndole delectaciones desconocidas, ha extendido por otro la influencia de esta misma conciencia, haciéndola capaz de sacrificios hasta entónces imposibles, dando por este medio un testimonio de su suprema verdad, no ménos brillante que sus prodigios materiales, es decir, sus virtudes. Por esto ha podido decir Bossuet: La fe sostiene las costumbres, y estas atestiguan la fé.

Si, el Evangelio ha llevado á cabo una obra propia del poder divino, devolviéndonos el imperio sobre ese enemigo cuyas tiranías causan tantas víctimas: la pasion. La pasion no es exclusivamente para nosotros la ponzona de la felicidad, es además la ilusion; y esto hasta tal punto, que encerrando en su interior dolores sin cuento, y una solemne mentira, no constituye su crueldad más horrible el arrebatarnos la felicidad, sino el despojarnos de ella precisamente cuando nos la promete. ¿Quién es capaz de referir cuanto en contra del bienestar de la humanidad han hecho las pasiones desde el paraíso



terrenal! Individualizando la cuestion y trasladándola del drama complejo de la historia universal á su conciencia, el hombre no puede ménos que sentirse aterrado ante la consideracion del tiempo que le han robado las pasiones: de los enemigos que le suscitaron; de las ruinas que han producido; de los remordimientos que ocasionan; de la vergüenza que producen. Nada hay que pueda compararse á la amargura resultante de no poder contemplar un rostro sin que el rubor de la vergüenza inunde nuestras mejillas; de no ser posible escuchar las oraciones de los hijos sin sentirse acusado; no poder oír sin temblar, el plañidero son de las campanas que tocan á muerto; no poder, finalmente, refugiarse en la propia conciencia sin despreciarse. ¡Ayl! ¡cuán terrible es esa vengadora economía que de la pasion, considerada en sus momentos de embriaguez, hace algo semejante á una llamarada, á un deslumbramiento fugaz, á una apoplejía de cinco minutos, como decia Chamfort, y de la pasion, considerada en sus consecuencias, un dolor que puede durar hasta más allá de la tumba!

Mas entre todas las desgracias que la pasion ocasiona en la tierra, ninguna como la tiranía con se impone. ¡Horrible suplicio el de hacer el mal, contemplando el bien y maldiciéndose al pro-

pio tiempo! Sí, maldiciéndose, porque ello es que en el fondo de las almas existe todo un reino interior, que semejante á los pueblos presa de la revolucion, experimenta angustias inmensas provenientes de la conviccion de que carece de gobierno.

Esto sentado podemos preguntar: ¿Dónde se encuentra el verdadero gobierno, para la conciencia que no está sometida á las influencias cristianas? Los hechos han contestado. Cuando la conciencia humana no habia alcanzado el corroborante de la fuerza cristiana, la última palabra de la miseria moral en que se hallaba sumida consistia en este grito de desesperacion del poeta: «*Deseo el bien y realizo el mal.*» Al presente, fuera del cristianismo, todavia se legitiman ciertos vicios, con el objeto de no combatirlos, y se niega la parte heroica del deber, para no tener que sufrir la acusacion de faltar á su cumplimiento. Y es que para triunfar de esa potencia desordenada que se llama pasion, no bastan las palancas más ó ménos poderosas de la moral independiente, es indispensable en la voluntad humana un acrecentamiento sobrehumano. En otros términos: para igualar el poder de nuestras virtuosas resistencias, con el de nuestras perversas inclinaciones, ha sido necesario el

restablecimiento de muchos equilibrios que se habían perdido, y este resultado sólo podía conseguirlo Aquel que hizo el hombre de la nada. El milagro de semejante reparación, se nos presentará verdaderamente divino, contestando á las siguientes cuestiones absolutamente doctrinales. 1.ª ¿Cuál es el motor de la moralidad cristiana? 2.ª ¿Con qué medios cuenta? 3.ª ¿Qué prodigios realiza? 4.ª ¿Cuyos son sus límites?

No hay hombre, como esté dotado de talento y tenga de su parte la fortuna, que, si se lo propone, no pueda llegar á fundar un imperio: en cambio el establecimiento de una religion, despues que Dios lo ha realizado, es tan superior á las fuerzas humanas que dónde quiera que se ha intentado semejante empresa, no ha pasado mucho tiempo sin que sucumbiera bajo los golpes del ridículo. ¿De dónde proviene esta disposi-

cion del espíritu público? En parte de la imposibilidad en que se halla para inventar dogmas que engendren la certeza; pero principalmente de la imposibilidad en que se halla para conseguir que de tales dogmas resulte una virtud práctica ó la santidad.

En mi juicio el carácter más incontestablemente divino del cristianismo consiste en su poder santificador. Todos los símbolos completamente vacíos de Jesucristo, autor de la fuerza que moraliza, permanecen en el estado de mera especulación: sólo el cristianismo ha pasado de las convicciones de la humanidad á costumbres humanamente impracticables. No se entienda por esto que quiera suponer que las demás religiones no se han practicado jamás sin fé por parte de sus adeptos; mas, ¿qué importa esa fidelidad si halaga las pasiones en lugar de reprimirlas? En cambio, ¿por qué razon el Evangelio, es decir, la religion más incómoda que en tiempo alguno se haya imaginado, no ha quedado reducida á un sistema prácticamente estéril, como si dijéramos *la república de Platon*? ¿En qué consiste que el culto de la cruz haya seducido á la humanidad hasta el punto de alcanzar de ella, no sólo la adhesion que consiguen los ritos filosóficos, sino tambien el sacrificio



y el amor llevados hasta el extremo de morir gozosamente por la misma? Este fenómeno se explica teniendo en cuenta que en el seno de dicha doctrina se encierra una influencia misteriosa; y esta influencia que, semejante á un poderoso iman, imprime su movimiento al mundo moral; esta influencia, que no puede falsificar la habilidad de los innovadores y que falta siempre á su Evangelio, de la propia manera que el punto de apoyo á la ciencia de Arquimides, para elevar al género humano despues de haber abusado de su credulidad, no se demuestra como una vana teoría, sino como un hecho íntimo y soberano: no se inquiera á fuerza de argumentos ni por medio de telescopios, sino que se siente: no gira en fin en las inconmensurables regiones del espacio, sino que se agita en lo profundo de las conciencias, y el cristianismo la apellida, la gracia de Dios.

¡La gracia de Dios! En estas palabras se encierra un encanto indefinible y omnipotente que sostiene nuestra debilidad, por lo mismo que expresan la idea de una fuerza más grande que nosotros mismos, y sobre la cual descansamos con la misma confianza que el niño sobre el regazo materno. Pues bien, la humanidad que no sabe proyectar, esperar ni resolver cosa alguna, como

no sea con, ó por la gracia de Dios, no conoce la virtud moralizadora de la misma, razon por la cual consagro la presente enseñanza á poner de manifiesto semejante secreto y esta prueba.

La humanidad se salva, del mismo modo que se perdió; por medio de una transmision genealógica. Un hombre culpable ha inoculado á toda su raza, con la sangre de sus venas, la falta cometida; un Hombre-Dios comunica sus méritos, con la virtud de su sangre, á toda la descendencia del primero. De esta suerte las fuentes de la generacion, que el pecado habia corrompido, hállanse purificadas por medio de la regeneracion. El virus moral que la generacion distribuyera en nuestras venas era la concupiscencia; el correctivo divino infundido en ellas por la regeneracion es la gracia; y así como la una constituye la participacion de cada uno de los individuos en la corrupcion de Adán, es la otra una comunión incesante de nuestras almas en la santidad de Cristo, y una efusion imperecedera de su naturaleza divina en la humanidad. Desde este punto de vista es sumamente fácil comprender la definicion que de la gracia dá la teología cuando expresa que, es un don gratuito y sobrenatural, concedido por Dios á la criatura racional para alcanzar la vida eterna. *Salvati*

Este don equivale á una verdadera creación, porque al paso que constituye un principio de vida sobrehumana, unido á la naturaleza, es una obra tanto más divina, cuanto que para tener la capacidad necesaria para rehacer al hombre, es preciso haberla tenido para hacerlo. Pero por más que sea tal energía excelentísima en sí misma, es más difícil conocerla por lo que ella es, que por sus resultados.

Ahora bien, la gracia, considerada con relación á nuestra naturaleza es una ley de equilibrio y de armonía. De todos los seres de la creación orgánica el hombre es el único que puede elevarse sobre el nivel de la naturaleza por sus sacrificios, y descender debajo del mismo por su depravación. ¿Cómo se llama este enigma y de qué manera se explica semejante anomalía? Cuando el hombre se coloca debajo del nivel que le corresponde, es que obra en virtud de una inclinación que le es peculiar, y que al par constituye una desgracia y una prerogativa de su libertad. Por el contrario, cuando el hombre se sobrepone á ese nivel, es porque obra á impulsos de un poder superior á su voluntad natural, por cuya razón se llama sobrenatural. La fuerza que lo impeló hácia el fondo es la pasión; la que le impulsa á elevarse es la gracia. Yo he contem-

plado á la primera rebajando á Nabucodosor hasta el nivel del bruto; yo he visto la segunda exaltar á los grandes imitadores de Jesucristo, hasta una suerte de deificación en el deber, *divine consortes natura*; y como la una sirve de contrapeso á la otra, constituye este en la humanidad no una contradicción sino un equilibrio. Al llegar á este punto, permítame el lector que apele al testimonio de su conciencia, porque de seguro habrá experimentado más de una vez, en el interior de su alma el combate de esos movimientos, combate que habrá concluido por producir la armonía como resultante de ese principio sublime que se llama libre albedrío, libertad.

La gracia considerada con relación á la voluntad, es un complemento, puesto que concluye nuestra personalidad moral. Nuestra razón se completa mediante su unión con la fé, y nuestra voluntad, herida en Adán, recobra su energía mediante la unión con la gracia. La fé y la gracia constituyen pues para nosotros apoyos y suplementos, la una del espíritu, la otra de la voluntad, y por consiguiente, un desarrollo, no una mutilación de la humanidad. Los que considerais ciertas virtudes como un ideal quimérico expuesto á las miradas de un misticismo al-



cinado; los que habiéndolas buscado en vano en la filosofía jamás habeis comprendido que se las encuentre con la religión; los que, finalmente, las habeis considerado siempre mera excepcion de temperamento, y no como gloria de una voluntad victoriosa, sabed cual es la causa de vuestro error. Consiste este en que en el interior de vuestra naturaleza corrompida habeis visto la medida suprema de la energía humana, siendo así que vosotros sólo representais la humanidad empobrecida de resultas de una enfermedad hereditaria: consiste en que el hijo de Adán, abar. donado á sí mismo, es incapaz de elevarse á ciertas alturas en las pendientes de la moralidad en tanto que restaurado por Jesucristo lo puede todo en Aquel que le fortalece.

La gracia considerada relativamente al corazón, reúne el encanto y el imperio de un atractivo. ¡Admirable correlacion de las cosas divinas! Una seducción perdió al hombre en su origen: una seducción le salva al presente. En efecto, la gracia es ese sabor íntimo que va adherido á nuestras buenas acciones: es este gusto de Dios que comunica en favor nuestro el placer al bien, de la propia suerte que la caída nos subleva; de manera que valiéndonos de una definicion conocida, podríamos llamarla la concupiscencia de la

virtud sobreponiéndose en nosotros á la del vicio, y una especie de poder atractivo suspendido sobre la naturaleza caída, para conducirla más allá de sus límites, de la propia suerte que la luna levanta los mares. ¿Quién hay que una vez ú otra no haya escuchado esa voz interior que recompensa ó castiga despues cada uno de nuestros libres movimientos, y que no puede proceder de nosotros, puesto que á pesar nuestro reuena en nuestra conciencia? Accion enérgica y suave al par, que perfecciona nuestra libertad en lugar de violentarla porque favorece los movimientos sin forzarlos. La caída original nos inclina al mal cuando viene la gracia á impulsarnos en sentido opuesto, y con ello léjos de resultar aplastados podemos erguirnos; léjos de estar oprimidos, nos encontramos tan completamente libres para elegir el camino que mejor nos cuadre, que por decirlo así, reconquistamos nuestro primitivo aplomo.

En fin, la gracia, relativamente á la razon pura, es la solucion de una dificultad terrible. Sin la gracia el pecado original, es decir, la culpabilidad de todos por la prevaricacion de uno sólo, constituye una economía inexplicable; pero con la gracia, como todos han pecado en Adán, dice el Apóstol, todos se ha justificado en Jesucristo,

La imputacion de una mancha que no fué obra nuestra, se halla contrabalanceada por la de un mérito que no nos es propio: el beneficio de la solidaridad espiritual, compensa la desgracia de la solidaridad carnal, y el segundo Adán proporcionándonos por medio del bien, cuanto nos dió el primero por medio del mal, viene á constituir una gran misericordia puesta, segun el plan divino, frente á frente de un gran castigo. Y este castigo y semejante misericordia se corresponden como en Dios la justicia y el amor, y justifican la caida hereditaria por medio de una redencion que no lo es ménos.

Tal es el móvil que impulsa á este mundo á la realizacion de nuevas virtudes y de sacrificios superiores á la naturaleza, que lleva el nombre de santidad cristiana. Si, y en vano se esforzarán los doctores del racionalismo en falsificar esa santidad sin participar de la virtud del mismo origen, porque quedarán confundidos por la inanidad de sus tentativas, toda vez que ese trabajo, tan impío como ridiculo, no es más ni ménos que la investigacion formal de los efectos sin causa. Voltaire, ocupándose de una inconsecuencia á esta semejante, decía que esto se llama *perder el alma convirtiéndose en harne veir de los demás*.

Mas al llegar á este punto pareceme escuchar la voz del génio del materialismo contemporáneo que desde el fondo de sus laboratorios me dice: ¿Qué motor latente es este que escapa á las demostraciones científicas, y al cual las leyes mecánicas no pueden regular? ¿Qué fuerza es esta cuyo origen y direccion se ocultan en el cielo, cuyos resortes jamás pudieron contemplar los hombres, y cuyo calibre no ha podido determinar la matemática? Nada puede darse de más incomprendible que los exploradores exclusivos de la materia puestos en presencia del orden moral. Con todo, la gracia cuenta tambien con demostraciones positivas, y en prueba de ello ponemos á continuacion la respuesta que puede dar á los que la echan en cara el no ser una realidad ponderable. A estos tales puede decirles: merced á mi existencia los paganos han visto, todos los pueblos de la tierra han oido, doce millones de mártires han corrido al combate, han aparecido innumerables vírgenes, los pobres son honrados, abrazados los leprosos, multiplicados los humildes de corazon, perdonados los enemigos, cambiadas las costumbres públicas y privadas; en una palabra, la vida de los santos constituye mi prueba, la regeneracion del mundo es obra mia;



si mi naturaleza es un dogma, mis efectos caen bajo el dominio de los sentidos.

¿En qué consiste que la civilizacion cristiana se distinga por la existencia de virtudes que no se encuentran fuera de ella? No cabe dudar que este efecto debe de reconocer una causa, y esta causa ¿dónde reside si no es en la gracia? Y no se pretenda eludir el argumento, contestando que para conseguir tales resultados basta la conciencia religiosa, porque en este caso preguntáremos, ¿por qué razon en las falsas religiones no puede alcanzar la conciencia lo que alcanza facilmente en la verdadera? Con la historia en la mano, es de todo punto imposible considerar la gracia como un fenómeno psicológico, puesto que nada existe que mejor demuestre la realidad de un agente sobrehumano, que las acciones sobrehumanas, y si la necesidad de un primer motor en el orden material prueba la existencia de Dios, la indispensable necesidad de un motor en el orden moral, para explicar la moralidad cristiana, lleva directamente al hecho indubitable de la gracia y á la divinidad de su autor.

## II.

Conocido tenemos el motor de la moralidad cristiana. Sepamos ahora cuales son sus medios de accion. La gracia llega al alma por una porcion de medios. Podría comparársela, si la imágen fuese digna del sujeto, á una suerte de clave místico, colocado en medio de los méritos de la redencion, capaz de herir las voluntades que lo ponen en ejercicio, por medio de melodías que varían hasta el infinito. Los movimientos de la voluntad humana que provocan las efusiones de la gracia, no pueden por consiguiente ser tenidos en cuenta. Pero existen mociones más poderosas de la voluntad humana, procedentes de los desbordamientos de afecto mas abundantes del auxilio divino, que constituyen entre Dios y el hombre, esas místicas comunicaciones que conocemos con el nombre de sacramentos. La oracion, el ayuno, la limosna y las demás buenas obras son los arroyos; los sacramentos constitu-

yen el rio mediante el cual la redencion circula y se distribuye en el seno de la humanidad. San Agustin los define un signo evidente de la gracia invisible, instituido para nuestra santificacion. Enseñanza fecunda, de dónde resulta que los sacramentos fueron instituidos como *signos y agentes* de la moralizacion cristiana y como representacion y reproduccion de la gracia purificadora. Vamos á ver ahora de qué suerte, mediante ese doble aspecto, se imponen á los respetos de toda razon que no tiene tomado de antemano el partido de no respetar.

Desde luego nada más racional que la virtud de este agente. Cierto que es imposible que el espíritu pueda comprender de qué manera un signo natural transmite una gracia sobrenatural, porque entre esta causa y semejante efecto media un abismo que sólo puede llenar un milagro. Mas una vez admitido el gran milagro de la divinidad de Jesucristo, son perfectamente admisibles cuantos de él derivan y este en especial. Jesucristo se encuentra situado en medio de la humanidad como el árbol de la vida en el centro del Edén. Los jugos corruptores de este han inficionado el género humano, la sávia regeneradora de aquel, infiltrándose en las venas de la posteridad, lo ha transfigurado. Nuestra union

con Adan por medio de la carne es causa de nuestras caidas: nuestra union con Cristo por medio del espíritu es origen de nuestra restauracion.

Mas, ¿de qué modo se realiza la adopcion de nuestra humanidad degenerada con la humanidad regeneradora de Cristo? ¿En qué consiste ese injerto divino que de tal manera y tan íntimamente nos une con el Arbol adorable, que su vida circula en la nuestra? La ligadura sobrenatural que hace de nosotros y de Cristo un sólo cuerpo del cual es él la cabeza y nosotros los miembros, son los sacramentos. Hé ahí cuáles son las arterias que llevan la sangre teándrica á la moralidad del género humano para divinizarla. Al descender por esos canales misteriosos, la encarnacion se individualiza, la redencion se ramifica, y donde quiera que el hombre se pone en contacto con la gracia sobrenatural, asimilase algo de la inocencia de Cristo; porque así como el pecado original no es más que un desbordamiento de la culpabilidad de Adan, la rehabilitacion es simplemente la superabundancia de la santidad de Jesucristo difundida por el universo.

Tal es la razon que me explica el por qué de la humanidad desesperada ante la consideracion de los males que la aflijen, exclame junto al tron-



co del árbol del Edén. *Una mujer me ha dado á probar de ese fruto y yo lo he comido* (1), y al pié de la cruz juzgándose dichosa al recibir una reparación más grande aún de lo que fué su caída, grite llena de júbilo, refiriéndose á la Iglesia depositaria de los sacramentos: ¡Una Madre me ha dado á probar de esos frutos y yo los he comido! Madre bendita, frutos incomparables que constituyen el uno el guardian, los otros la prueba de la verdad. La humanidad verá siempre, merced á una propension invencible, la doctrina más santa, allá donde encuentre las virtudes más heroicas.

Nada más racional que la función de este agente; nada más moral y más moralizador que su acción. He leído en un tratado de ateísmo alemán que la gracia de Dios no es otra cosa que la alienación de la libertad del hombre, y al sacramento un mérito proveniente de Dios que dispensa al hombre de la obligación de adquirirlos por su propia cuenta (2). La primera de esas imputaciones constituye una contradicción como pocas torpe, toda vez que corriendo en nosotros la gracia, la inclinación perversa por la buena,

(1) Gen. I.

(2) Fuerbach, *Esencia del cristianismo*.

coloca á la conciencia en situación desinteresada respecto de su elección, y favorece el vuelo de la libertad en vez de comprimirla. Por lo que se refiere á la acusación de buscar en los sacramentos, una santificación pasiva que nos dispense de la santidad activa, es una calumnia de la razón y de las virtudes cristianas, á la cual solo la ignorancia puede dejar la excusa de la buena fé.

No puede ponerse en duda en que los sacramentos tienen una virtud intrínseca; pero esta se halla subordinada, en sus consecuencias efectivas, á las disposiciones del sujeto. Su influencia *ex opere operato* se halla determinada por nuestro concurso *ex opere operantis*. El agente hallase modificado en su aplicación por el estado del *recipiente* y, de esta manera, los verdaderos santos no son aquellos que participan, sin correspondencia, de los sacramentos, sino los que se depuran y perfeccionan para hacerlos fructificar.

Por consiguiente, no puede sostenerse que nos restaurara completamente el mero hecho de la muerte de Cristo: semejante redención tendría poco de moral, puesto que sin imponernos obligación alguno, nos salvaría sin que en ello cooperáramos poco ni mucho. Para que la gracia

no se encaminara à alentar las pasiones mundanales, convino que nos fuese aplicada en virtud de un acto de nuestra voluntad y segun las proporciones de nuestro concurso. A este fin Dios ha establecido canales diferentes por medio de los cuales puede llegarse á obtener su plenitud, y así como recorriendo esas diversas vías de derivacion, la gracia se especializa para cada una de las miserias que la solicita, de la misma manera cada una de dichas miserias sólo puede asimilársela, aspirando á ella por medio de esas vías. Ahora bien: las inmensas exclusas por cuyo medio la celeste fecundidad penetra y se derrama en el alma de los moatales; las ondas milagrosas bajo las cuales venise florecer en el seno de la corrupcion original las virtudes hasta entónces desconocidas, son los sacramentos.

No hay para qué forjarse ilusiones: el cristianismo, haciendo del género humano un catecúmeno, para lavarlo de las impurezas de cuatro mil años, no lo sumergió en una atmósfera de sabiduría especulativa, sino que se valió de sus purificadoras abluciones. No por medio de una nueva filosofia, sino echando mano de prácticas divinamente moralizadoras, proporcionó á las sociedades modernas una especie de vestido de inocencia, ánte el cual el paganismo de Roma y

de Corinto hubiese huido avergonzado, si no le hubiesen ya reducido al último extremo los excesos de su propia disolucion.

De manera que esos estóicos experimentadores que distinguen la virtud cristiana y repugnan aceptar los medios que ofrece, no harian más con su sistema que comenzar de nuevo la tela de Penélope. Si pudiésemos ser sin los sacramentos, lo que con ellos somos, Jesucristo habria sobrecargado la religion con un ceremonial inútil; siete ilusiones que, del mismo modo que la verdadera, hubiese podido imaginar cualquiera otra religion, habrian engendrado milagros de santidad, que hasta ahora no ha producido religion alguna, y por consiguiente habria motivo para desesperar no sólo de la virtud de la Iglesia, sino tambien del buen sentido de la humanidad.

Los sacramentos constituyen, pues, el principio de la verdadera moralidad cristiana, y dadas idénticas pasiones, así como todo hombre provisto de ese viático divino practica más la virtud que un cristiano meramente especulativo todo pueblo que lo rechace, descenderá, arrastrado por sus vicios, á un nivel inferior al de aquel que confiese y comulgue. Por lo demás ninguna demostracion más palmaria de lo que acabamos



de decir, que la siguiente escala de proporcion justificada por la historia. El catolicismo que conserva intacto el depósito de los sacramentos es la religion que alcanza mayor número de sacrificios de parte de la conciencia humana: sigue en pós el cisma griego que los desfigura: viene despues el protestantismo que rechaza la mayor parte: y por último, el racionalismo que no reconoce uno sólo, con todo y pretender ocupar el sitio más preferente y honorífico en la marcha del movimiento intelectual, es el más atrasado de los símbolos en el camino de la verdadera moralidad.

Y al expresarnos en estos términos no hay para que se nos salga al paso paragonando la pureza más ó ménos auténtica de ciertas poblaciones rusas ó anglicanas con el relajamiento de las católicas meridionales. Es indispensable ponerse en guardia ántes de pronunciar este fallo anti-francés que pone á la patria de S. Luis por debajo del embruteamiento moscovita, y de las sentinas de Lóndres ó de Nueva-York. Los que en odio á Jesucristo, hacen traicion á su patria y en el terreno de la filosofía, ó en el de la historia, se pasan al campo enemigo, sólo merecen el concepto de criminales razonadores, y la consideracion que alcanzarían, si de igual suerte

procedieran en el campo de batalla. De todos modos no debe olvidarse que al establecer el paralelo he cuidado de decir á pasiones idénticas y siendo esto así, digasemos con franqueza ¿son los mismos los móviles y los impulsos y los atractivos de la pasion bajo el aplomado cielo de Siberia ó Alemania, que en las zonas ardientes de España ó Italia? ¿Qué seria de la cacareada cordura de las naciones heréticas, si sus miembros robustos y bien alimentados, se hallaran sometidos al influjo del sol que hace hervir nuestra sangre? El error ha huido los países difíciles de gobernar, bajo el punto de vista del temperamento, para establecerse en aquellas regiones en las cuales el frio de la atmósfera influye en que las costumbres sean debidamente respetadas; pero el día en que los sacramentos, especialmente la Penitencia y la Eucaristía, llegarán á abolirse, al otro lado de los Alpes y de los Pirineos, surgirán de nuestros climas caliginosos, tantos y tan corrompidos miasmas que llevados por el viento del mediodía bastarían á infuncionar la Europa entera hasta un punto tal que asustados los sábios ánte los resultados del contagio, apresurariáanse á decir á la Iglesia: Abrid de nuevo las piscinas probáticas, y purificad en sus ondas milagrasas las gangrenas morales del

universo: *Haurietes aquas de fontibus Salvatoris.*

El sacramento, pues, como agente de la gracia, es racional, moral y moralizador; mas, sometido á nuestro exámen filosófico, ¿encuentra tan fácilmente su justificación, considerado como signo de la gracia? Sí, cada cosa tiene su representación debajo del sol, dice el conde de Maistre, y es imposible que la gracia se sustraiga á esta ley general. La naturaleza sirve de escabel y sustentáculo á lo sobrenatural; el cuerpo de morada al alma; en una palabra, cuanto existe de espiritual, tiene su vestidura aparente en nuestro mundo, por lo mismo que no se halla poblado de espíritus puros. Pues bien, por la misma razón, la gracia debe tener su expresión ostensible para que nos sea anunciada al propio tiempo que la sentimos evaporarse, y que nuestro comercio con ella sea ó esté exento de todo peligro de alocinación. Si el sacramento hubiese sido instituido para los ángeles, probablemente el Señor lo hubiese despojado de su signo; mas como fué instituido para nosotros, para nosotros que vivimos reducidos á las prisiones de la materia, tenemos necesidad de comunicaciones materiales para comprender, y lo que es visible se

convierte para nosotros en vehículo indispensable de los subsidios que no lo son.

¿Qué es, pues, lo que podríamos echar en cara á esas formas tan óbvias y razonables de la gracia sacramental? ¿El hacer brotar un efecto espiritual de una causa sensible? En este caso, diremos que la concupiscencia, que nada tiene por cierto de material, se transfunde en nosotros por el acto material de la generación; y por consiguiente, es lógico que la regeneración se realice en virtud de la misma ley, y que Dios calque, si así podemos expresarnos, nuestra reparación sobre el patron de nuestra caída. ¿Podríamos decir que no es suficientemente filosófica? Mas, ¿existe cosa alguna, por ventura, más conforme á nuestros instintos, y si así podemos decirlo á nuestros hábitos? Para conferir al hombre el título de caballero le dais el espaldarazo; ¿qué motivo tenéis para reiros de que hagamos del hombre un cristiano por medio de las aguas del bautismo? Vuestra firma, es decir, vuestro nombre manuscrito, basta para crear ó destruir un sin fin de cosas; no se comprende, pues, que sea motivo bastante para fruncir el entrecejo el que, Dios mediante, se trata de transformarnos por medio de la bendición en que desempeña especial virtud su santo nombre.



¿Es que vuestros signos exteriores, es decir, las cruces y veneras, las firmas y formalidades oficiales, por ejemplo, os confieren, en general, mayores privilegios, gozan más eminente virtud que los signos sacramentales? ¿Es que vuestras cintas y bordados representan más exóticamente vuestro poder gerárquico, que nuestras bendiciones, nuestras abluciones, nuestras unciones, y nuestras imposiciones de manos, no traducen debidamente las virtudes diversas que de ellos emanan? ¡Ah! Cuando Dios no se manifiesta por un signo, decís: No le he visto; cuando se manifiesta, exclamais: No le he reconocido; cuando su signo es profundo, decís: No es bastante popular; cuando es popular, objetais: No es bastante profundo. Confesad paladinamente que no quereis á Dios; pero cejad en esa guerra de sutilezas, y no olvideis, por otra parte, que los sacramentos; insultados y desconocidos en su verdadero signo, se revelan por medio de otro más merecedor de vuestros respetos, el rebajamiento donde os conducen, y la elevacion donde os llevan y el renacimiento moral del universo que de los mismos resulta.

## III.

Valiéndome de la última de las ideas que acabo de verter, penetro en la tercera parte del capítulo: los prodigios especiales, únicos de la moralidad cristiana. Ese gran triunfo de la gracia lo prueban los razonamientos y lo demuestran las obras. De manera, que la apologetica contemporánea se ha enriquecido con su argumento apenas explotado por nuestros antecesores: el que resulta de las virtudes reservadas á la verdadera religion. Sí, es este un testimonio irrefragable prestado al motor y á los medios de la santificacion avangélica, que quedará de relieve por medio de esta demostracion. Tres grados de impotencia afectan la voluntad humana, desprovista de asistencia divina: carece de fuerza para conservar la moralidad en estado de inocencia; para restaurarla cuando ha llegado al estado de degradacion; y para desarrollarla hasta hacerle adquirir el estado habitual de heroismo. Efectos